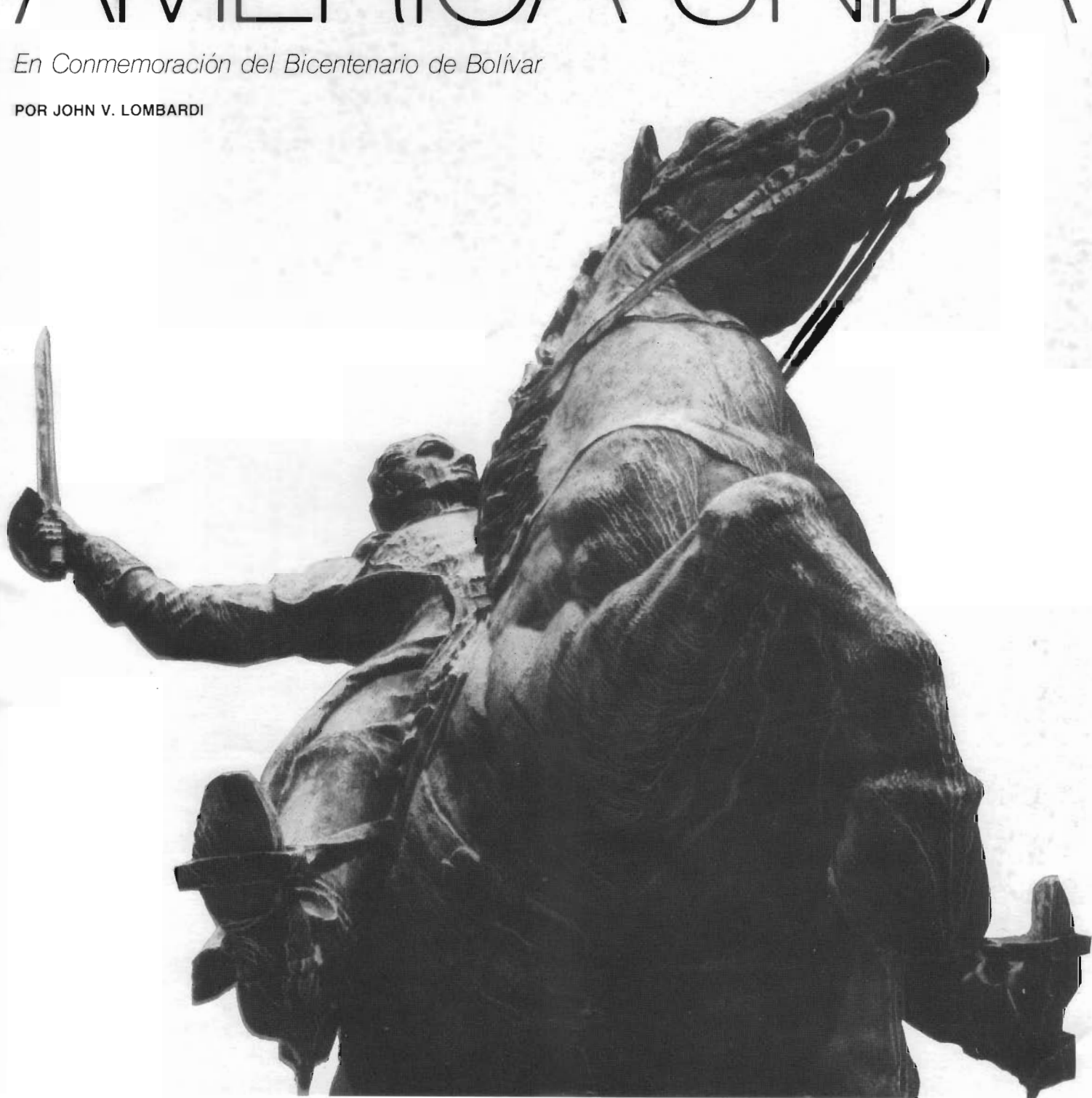


SIMON BOLIVAR

Y EL SUEÑO DE UNA AMERICA UNIDA

En Conmemoración del Bicentenario de Bolívar

POR JOHN V. LOMBARDI



*“Es una idea grandiosa pretender
formar de todo el mundo nuevo
una sola nación con un solo vínculo
que ligue sus partes entre sí
y con el todo.”*

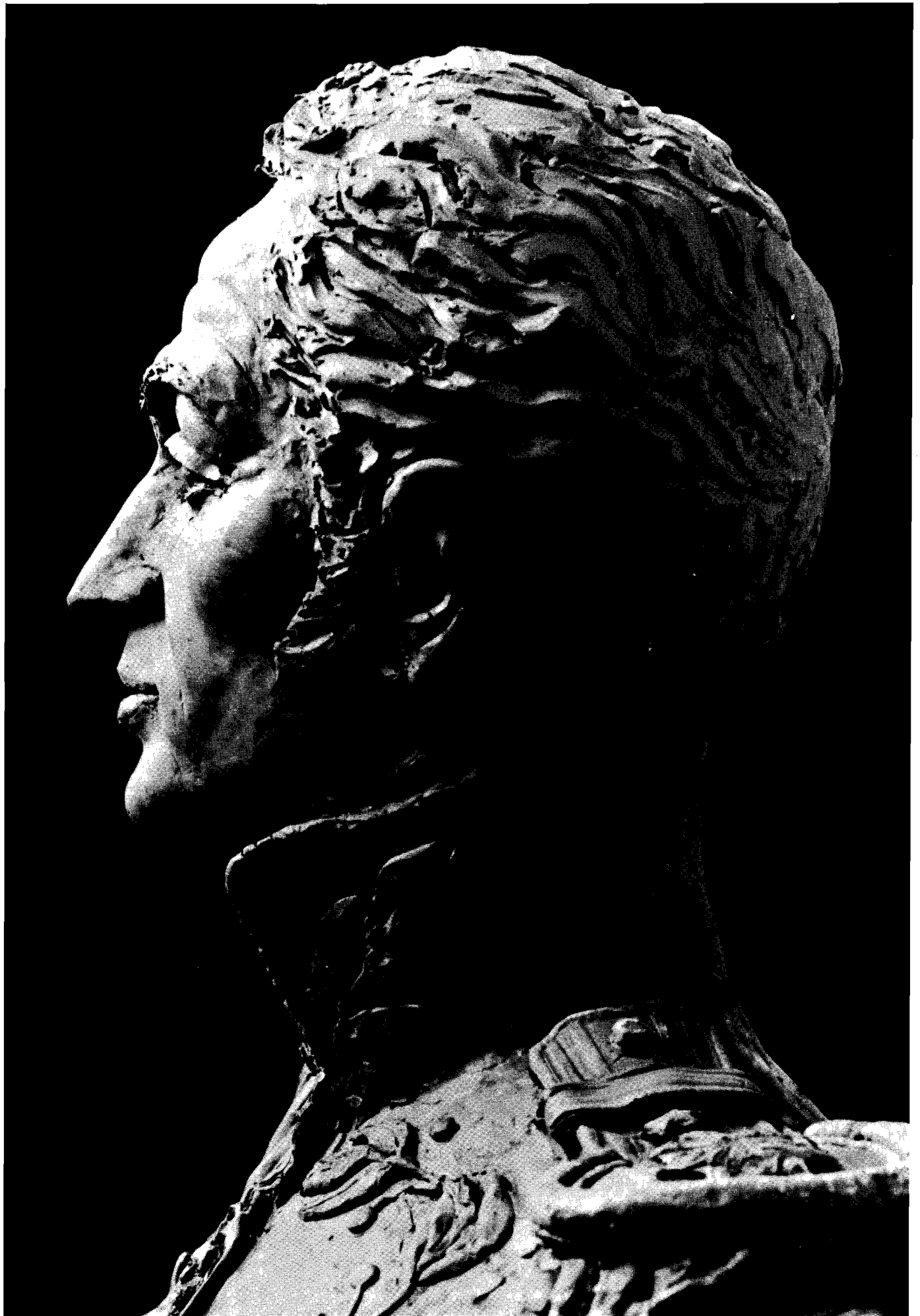
SIMON BOLIVAR

Carta de Jamaica

6 de septiembre de 1815

Portada: Estatua de Simón Bolívar en Washington, D.C., obsequiada por el gobierno venezolano en 1958.

A la derecha, busto de Bolívar por Felix de Weldon.



Introducción: La Herencia Hispanoamericana

Durante más de un siglo y medio, el mundo ha presenciado la lucha de la América Latina por crear naciones prósperas, dinámicas y pacíficas. Estos años han presenciado espectaculares triunfos económicos, así como catastróficos fracasos, dictaduras y democracias, paz y revolución, todo ello combinado y cambiante como en un calidoscopio, de tal modo que el ámbito hispanoamericano a menudo parece indeciso; sin embargo, sólo el observador sin experiencia recibe esta impresión pues la América española tiene una tradición duradera, costumbres sólidas establecidas, cultura e idioma ricos y un lugar dentro del mundo occidental que ha perdurado desde el siglo XVI.

Estas continuidades del dominio hispanoamericano con frecuencia desaparecen en el clamor y la crisis de los acontecimientos contemporáneos, pero los observadores sagaces de esta parte del mundo casi siempre pueden discernir los perfiles de la firme estructura hispanoamericana bajo las discontinuidades superficiales producidas por cambios temporales de la situación económica o política.

Pocas partes de la América española ilustran estos temas mejor que los tres países más septentrionales de Sudamérica, y pocos estadistas hispanoamericanos han mostrado más clara visión de este ámbito que Simón Bolívar, el gran Libertador. Por tanto, es singularmente apropiado que este aniversario de su natalicio promueva un análisis de las continuidades y cambios en la estructura hispanoamericana, con especial referencia al período independiente y destacando especialmente el sueño bolivariano de una América unida, sueño que no sólo comparten los latinoamericanos sino también los ciudadanos de los Estados Unidos.

El Héroe Trágico

Nacido en Caracas, en una de las mejores familias, el 24 de julio de 1783, Bolívar tuvo todos los atributos necesarios para triunfar. De joven, en Caracas, tuvo preceptores privados. Fue a España en 1799-1802 a completar su educación y a establecer contacto con la rama metropolitana de la familia. Viajó a Francia y luego, el 26 de mayo de 1802, en Madrid, celebró un conveniente matrimonio español.

Después de estos principios elegantes y tradicionales, Bolívar sufrió una tragedia cuando su esposa cayó enferma y falleció a comienzos de

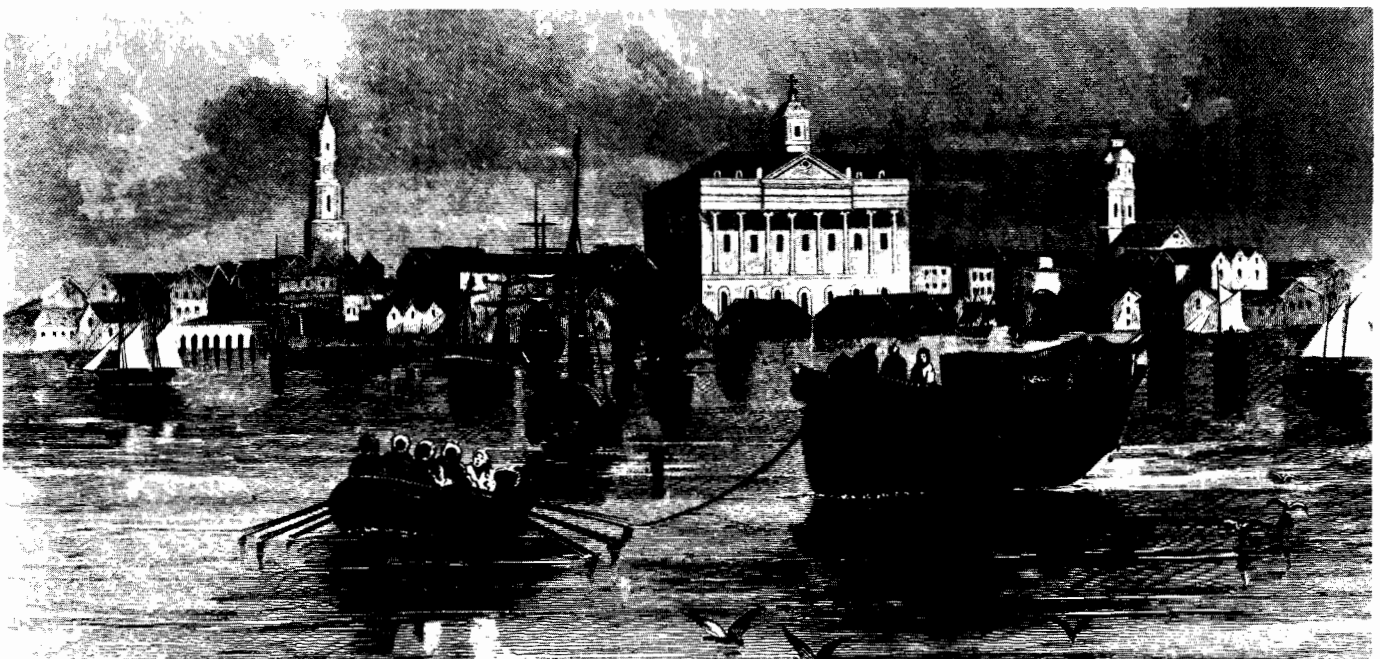
John V. Lombardi, una autoridad en historia latinoamericana, es Decano de Programas Internacionales y profesor de historia en la Universidad Indiana. Ha escrito varios libros, entre ellos Venezuela: The Search for Order, the Dream of Progress (Venezuela: la búsqueda de orden, el sueño de progreso).

1803, poco después de su regreso a Venezuela. En retrospectiva, tal parece que esta tragedia liberó a Bolívar de sus obligaciones de nacimiento y clase, para convertirlo en el héroe trágico de la independencia de América. Volvió entonces a Europa y pasó varios años de viajes y estudio en Francia e Italia, observando la época napoleónica, antes de retornar a Venezuela, por los Estados Unidos, a mediados de 1807, para empezar la carrera que lo convertiría en el legendario Libertador independentista de Sudamérica.

Aunque la trayectoria de Bolívar en Hispanoamérica es bien conocida y se ha narrado con frecuencia, debe hacerse hincapié en su dimensión romántica. El rechazo de Bolívar de todo interés mundano en busca del gran designio de América, su absoluto desinterés hacia su patrimonio y sus obligaciones como heredero de una fortuna en su patria y su desdén de toda comodidad y seguridad personales, aportaron una dimensión importante a la obra de arte que fue su vida. Su carrera militar y política aportó otra dimensión, con sus rápidas transiciones del desastre al triunfo y al desastre: la brillante Campaña Admirable de 1813, la derrota a manos de los llaneros de Boves en 1814, la época difícil en Angostura que desembocó en el increíblemente audaz cruce de los Andes en 1819, seguido del triunfo y la adulación tras la batalla de Boyacá ese mismo año. Hasta las campañas de Perú y Ecuador en 1821-1824, la reunión con el libertador de Argentina en Guayaquil en 1822, y la Constitución boliviana en 1826, parecieron destinadas a formar parte de una leyenda heroica, de una trama romántica. Consciente de su lugar en la historia universal, pocas veces dejó de reconocer Bolívar a sus homólogos entre los héroes de naciones amigas. Al recibir un presente de la familia de George Washington, entregado por el General La Fayette, Bolívar escribió:

“El retrato de Washington, alguno de sus restos venerables, y uno de los monumentos de su gloria deben presentármese por vuestras manos en nombre de los hermanos del gran ciudadano, del hijo primogénito del Nuevo Mundo: no hay palabras con qué explicar todo el valor que tiene en

Charleston, Carolina del Sur, 1780. Después de pasar unos meses en Charleston en 1807, Simón Bolívar escribió: “Durante mi breve estadía en los Estados Unidos, por primera vez en mi vida vi una libertad racional”.



mi corazón este presente y sus consideraciones tan gloriosas para mí. La familia de Washington me honra más allá de mis esperanzas, aun las más imaginarias, porque Washington presentado por La Fayette es la corona de todas las recompensas humanas. El fue el noble protector de las reformas sociales y vos el héroe ciudadano, el atleta de la libertad que con una mano sirvió a la América, y con la otra al antiguo continente. ¡Ah, qué mortal sería digno de los honores de que se dignan colmarme vos y Mont Vernon!” (Bolívar, *Cartas*, 20 de marzo de 1826)

No satisfecho con llevar una espléndida vida pública, la vida personal de Bolívar también pareció material de novela. Su célebre lance amoroso con Manuelita Sáenz, esposa de un médico inglés, en Perú, pudo haber sido ideado por un trasnochado poeta romántico, y la devoción de Bolívar a la familia, los amigos y servidores fieles fue legendaria.

La conclusión de la epopeya terminó trágicamente el 17 de diciembre de 1830. En el poblado de Santa Marta, camino al exilio, el héroe de la independencia latinoamericana murió sin que nadie lo llorara, rechazado por su patria de origen y sus países de adopción, convencido del fracaso de sus sueños:

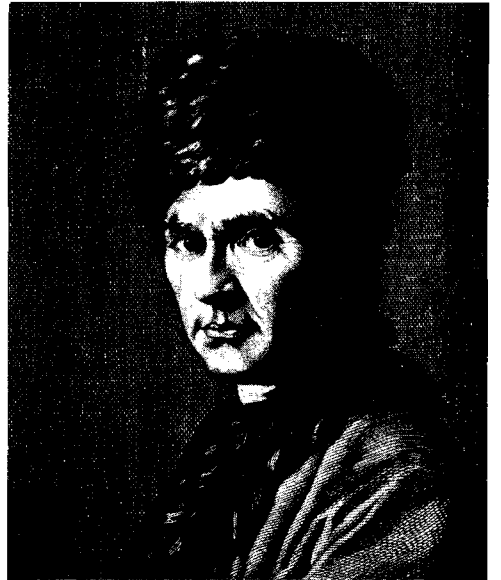
“... he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1. La América es ingobernable para nosotros. 2. El que sigue una revolución ara en el mar. . .” (Bolívar, *Cartas*, 9 de noviembre de 1830)

La Visión Bolivariana

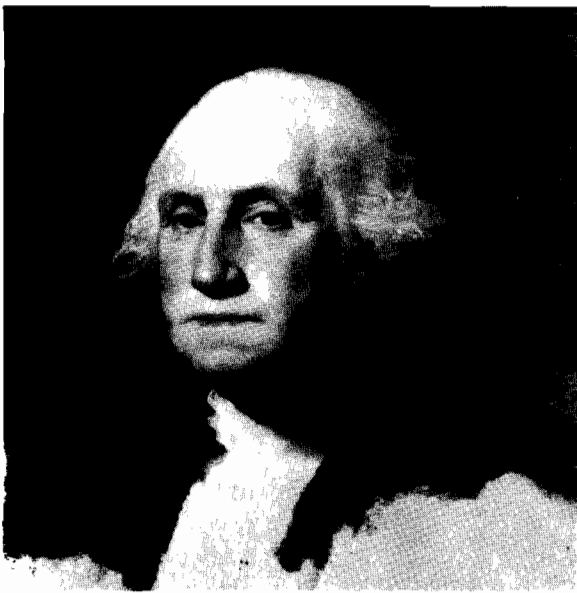
El legado de Bolívar a América se encuentra en los volúmenes de leyes, decretos, proclamas, cartas y similares que, mejor que ningún historiador, muestran la vida que él intentó crear. Este fructífero frenesí dejó a Venezuela y a la América española una visión extraordinaria del hombre de letras y de acción del siglo XIX, parangón muy imitado desde entonces en las Américas. A través de sus escritos vemos a Bolívar como una de las figuras intelectuales importantes de Venezuela. Sus cartas revelan un intelecto cultivado y lúcido, documentado y perceptivo, lleno de idealismo moderado por el realismo nacido de la experiencia y la observación aguda. Sin embargo, sus obras mayores están escritas con gran estilo y habilidad, para impresionar a aquellos a quienes iban destinadas: por ejemplo, la célebre *Carta de Jamaica*, enviada desde Kingston en 1815 y dirigida a un público inglés que aún podía dudar de la legitimidad del espíritu independentista de Hispanoamérica; o el discurso de Angostura, pronunciado ante los vacilantes legisladores venezolanos del Congreso de Angostura en 1819, en un esfuerzo por robustecer su resolución de emprender el asalto continental contra el imperio español y la creación de un gobierno fuerte. Cada una de estas muestras, junto con otras obras



Voltaire.



Jean-Jacques Rousseau.



George Washington.



Benjamin Franklin.

clásicas bolivarianas, podría aparecer en una antología de grandes cartas hispanoamericanas.

Dentro de este marco, Bolívar tuvo mucho que decir acerca del futuro y el pasado de la América española. Aunque frecuentemente influidos por el peso de crisis políticas y necesidades militares, estos escritos muestran una comprensión nítida y preclara de la índole del ámbito hispanoamericano. Más que ninguno de sus contemporáneos, Bolívar captó la esencia de una Hispanoamérica unida, libre de España, partícipe del creciente comercio mundial de los imperios atlánticos y asociada igualitaria de Gran Bretaña y los Estados Unidos en la administración de los asuntos del hemisferio.

Los Orígenes de una América Unida

“Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación. . . Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse. . .” (Bolívar, *Carta de Jamaica*, 6 de septiembre de 1815)

Hoy, el concepto de una Hispanoamérica unida, que actúe según un conjunto común de principios y aspiraciones nacionales, sigue siendo una meta muy anhelada por los países de este hemisferio. No representa un entusiasmo nuevo, inventado por preocupaciones modernas, sino que dimana de la urdimbre misma de la sociedad y las políticas hispanoamericanas, visible al menos desde mediados del siglo XVIII. Y pocos lugares ilustran mejor esta verdad que la región septentrional de Sudamérica.

La Venezuela que Simón Bolívar conoció a comienzos del siglo XIX

Bolívar fue influenciado profundamente por las ideas e ideales de la Ilustración. Entre las figuras que más admiró se contaban los escritores franceses Voltaire y Jean-Jacques Rousseau, a quienes citó a menudo en sus escritos, así como los dirigentes norteamericanos George Washington y Benjamin Franklin.

existió como entidad reconocible a resultas de un largo proceso de consolidación, iniciado en el siglo XVII, que llegó a una conclusión lógica y general con la creación de la Capitanía General de Venezuela en 1776. Apenas en su segunda generación, la Venezuela que llegaría a ser una república gracias a los héroes de la independencia, debía su forma, lógica organizativa y existencia política a los esfuerzos de un imperio español cuyo mandato consolidador y organizador unió a toda la América española.

Es esta tradición hispánica de un solo sistema gobernante, una organización económica integrada y racionalizada, y una omnipresente matriz cultural, la que imbuye la comprensión bolivariana del poderío y el potencial de una América unida. Como los demás caudillos de las guerras de independencia latinoamericanas, Bolívar sólo tuvo que contemplar lo que lo rodeaba para encontrar inspiración para la unidad y la cohesión continental. Pero la visión de casi todos los héroes independentistas—en contraste con la de Bolívar—no pudo trascender los requerimientos ideológicos y materiales de las guerras de independencia, para enfocar los más grandes asuntos estructurales que traería consigo el triunfo de la independencia.

Los Orígenes de la Independencia

La independencia hispanoamericana, vista en su contexto más general, puede interpretarse como un gran paso en la reorientación de la economía hispanoamericana hacia los dictados del comercio mundial moderno, un cambio de enfoque, de un sistema económico y comercial regentado por España, a un sistema comercial administrado primeramente por Inglaterra y después por los Estados Unidos. Los intereses de los comerciantes y productores latinoamericanos habían sido influidos desde tiempo atrás por los cambios de la balanza comercial europea, simbolizados por la expansión del comercio holandés e inglés, por el surgimiento de la flota británica como principal instrumento de un imperio comercial mundial y por el consiguiente declinar del poderío comercial español. Pero, antes de 1810, tal influencia llegaba a la América española amortiguada por la estructura organizativa, las leyes y las costumbres del imperio español. Esta organización insólitamente poderosa, con sus múltiples conexiones por medio del idioma, las leyes, las costumbres y la familia—así como la organización política y la regulación económica—limitaba las oportunidades de los hispanoamericanos de participar en la expansión del comercio atlántico, y protegía a los hispanoamericanos de los rigores del capitalismo mercantil que regía dicho comercio.

La invasión napoleónica de España y el consiguiente desorden causado en el sistema imperial español después de 1808 brindaron a los hispanoamericanos la oportunidad de afirmar su autosuficiencia, de exigir acceso a este nuevo comercio y de adquirir independencia para comerciar con los crecientes mercados del Norte del Atlántico. Pero España no fue fácil de vencer en América, y en Sudamérica la guerra necesaria para

romper el vínculo entre la metrópoli y el imperio colonial resultó excepcionalmente feroz y prolongada.

Correspondió a los héroes de la independencia—Bolívar, San Martín, Marino, Páez, Sucre, Santander y muchos otros—llevar la independencia a la América del Sur. Pero, de todos estos héroes militares, ninguno comprendió mejor que Simón Bolívar las dimensiones continentales de la guerra de independencia y de la prosperidad independiente.

La Dimensión Militar

Conicionados por su pasado hispánico a considerarse en lo individual como dependientes y dúctiles ante España, los dirigentes de las guerras de independencia hispanoamericanas a menudo vieron su esfuerzo por obtener la independencia como un conflicto unidimensional, entablado entre cada región y la metrópoli. Aunque les interesaban las noticias de los acontecimientos que ocurrían en otras partes de América, rara vez concibieron su lucha vinculada con algo más que los intereses de su enclave colonial inmediato. San Martín podía preocuparse por Chile y aun interesarse en el Perú, pero los sucesos de Venezuela le parecían remotos y los de México, simples curiosidades. Aunque muchos caudillos independentistas comprendieron quizá que aquel esfuerzo era de envergadura continental, su experiencia personal con España les señalaba una solución que, en el mejor de los casos, sería local y que sólo bajo la más severa compulsión sería continental.

Desde luego, Bolívar a veces se vio limitado por estos mismos conceptos. En sus primeras campañas y acciones, antes del Congreso de Angostura de 1819, se centró en el esfuerzo de tomar Caracas y, desde allí, conquistar Venezuela. Esto, claro está, refleja directamente la administración imperial española, y habría podido dar resultado; pero España tenía profundas raíces en tierra venezolana, no sólo en la ciudad central, Caracas, sino también en los centros provinciales de Coro y Maracaibo, en las regiones agrícolas de Valencia y por doquier en los campos de Venezuela. Gradualmente, por la experiencia de ver la guerra desde el Caribe, desde Colombia y desde diversas partes de Venezuela, Bolívar llegó a comprender que se trataba de una empresa continental; que el imperio español, siendo una entidad continental, sólo podría ser remplazado con un esfuerzo de todo el continente. De ahí el giro que representó el ataque lanzado sobre Colombia desde Angostura, por encima de los Andes, las ulteriores campañas para quebrantar el dominio español de toda Venezuela, Ecuador, Perú y Chile.

Algunos han considerado esta impresionante visión militar como un reflejo del inmenso ego de Bolívar, como demostración de su voluntad de ordenar y mandar. Sin duda, Bolívar tenía un increíble ego, un vasto sentido de su propia competencia y una fe abrumadora en su capacidad de prescribir lo adecuado para América. Pero la imagen que imbuye el gran designio de Bolívar para América no guarda semejanza con un simple afán

de poder, con un plan de enriquecimiento personal o con una mezquina busca de satisfacción.

Ver el sueño bolivariano dentro de este marco sería no comprender el alcance de su visión, la fuerza de su voluntad y la grandeza del designio que él propuso. Porque lo que Bolívar tenía en mente era nada menos que la creación de un imperio hispánico independiente en América. Deseó reinventar el concepto—conocido desde hacía 400 años—dotándolo de reglas nuevas y formas modificadas, pero tras el exterior modernizado, quería mantener los eslabones esenciales que habrían hecho del imperio español una entidad política tan duradera.

El propósito de su re-creación del imperio español en América sin España era, desde luego, llevar a los hispanoamericanos al centro mismo del dinámico comercio del Atlántico Norte, conquistar un lugar en la naciente hegemonía, obtener para la América española las mismas cosas que veía avecinarse a los Estados Unidos. Y esto es, sin duda, un sueño que la mayoría de los hispanoamericanos han acariciado desde la independencia, sueño expresado de mil maneras distintas, pero cuya esencia se ha mantenido constante a través de los muchos cambios de regímenes políticos o ideologías de moda.

La Lógica de la Independencia

Por desgracia, la visión bolivariana de una América española unida que heredara el poderío del imperio español contenía contradicciones que impedirían su realización en los años de la independencia y establecerían las tradiciones que harían imposibles alcanzar la unidad durante muchas generaciones por venir.

En primer lugar, los patriotas que conquistaron la independencia tuvieron que erigir al menos la apariencia de gobiernos republicanos liberales, dotados de constitución, legislatura, ramas ejecutivas, y una judicatura que diera a las principales jurisdicciones hispanoamericanas la dignidad exterior de un gobierno moderno poderoso. Esto tenía el fin de validar la afirmación de los americanos rebeldes de que no eran impertinentes colonizados sino sobrios republicanos, capaces de darse un gobierno firme y responsable. Así, para hacer creíble esta afirmación, cada jurisdicción colonial creó su propia constitución, legislatura, judicatura y otras instituciones, se dio un nombre nacional y proclamó ante el mundo su autonomía, independencia y responsabilidad. Cada jurisdicción intentó, asimismo, administrar sus propios asuntos con todo el estilo, complejidad y eficacia de sociedades mucho más experimentadas. Huelga decir que muchos de estos intentos fracasaron, pero el esfuerzo ha continuado hasta la actualidad, con algunos resultados notables.

Los caudillos patriotas consideraron esencial dar sustancia a sus pretensiones de autonomía local, y los hombres ambiciosos y capaces vieron amplias oportunidades de aprovechar aquellos acontecimientos para

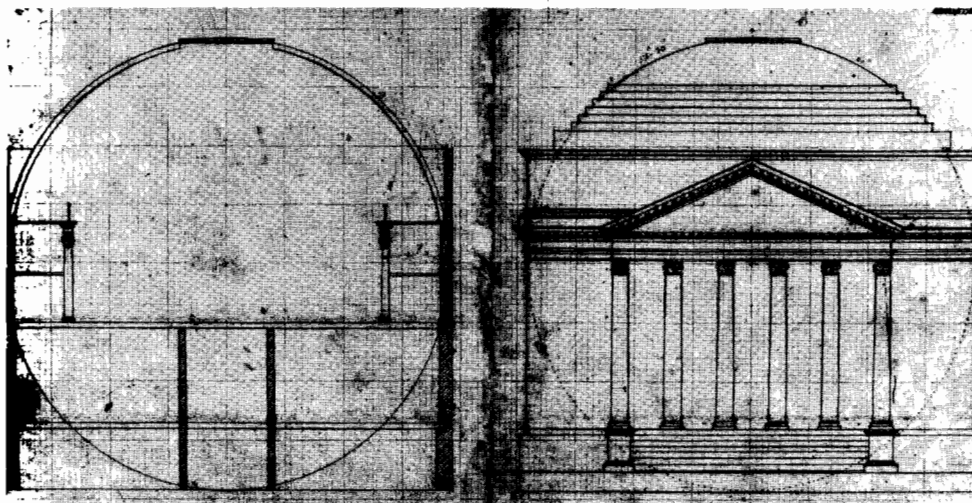
umentar su riqueza, ajustar viejas cuentas o, en general, mejorar su situación. En consecuencia, en 1824, cuando España ya no podía afirmar objetivamente sus pretensiones en el continente americano, la ficción creada por los patriotas se había convertido en realidad, en una realidad que no coincidía exactamente con la imagen presentada al mundo, pero sí, al menos, en una realidad cuya sustancia principal estaba constituida por élites regionales autónomas, cada una de las cuales resguardaba celosamente sus prerrogativas de negociar independientemente con las principales naciones mercantiles de Europa.

La segunda ficción, que hasta cierto punto fue el análogo externo de la primera, requirió el repudio del contenido español de la vida hispanoamericana. Esto respondió, desde luego, a la necesidad de presentar la rebelión de América como un conflicto internacional entre una América independiente y una España colonizadora, y no como un asunto interno de España. Si esto podía sostenerse—pensaron Bolívar y sus compañeros—Inglaterra y los Estados Unidos podrían encontrar una manera de ayudar a los hispanoamericanos sin tener que reconocer su aprobación a levantamientos contra autoridades establecidas. Resultó que este enfoque también tuvo aplicaciones internas en Hispanoamérica.

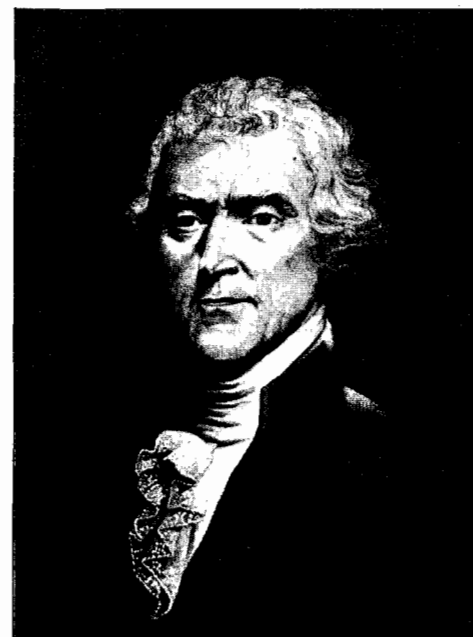
La búsqueda del segundo objetivo requirió buen número de estrategias. Una de ellas fue la creación de una imagen de España que subrayara la índole cruel y autoritaria de la conquista española y su gobierno en América, tema que Bolívar hizo explícito en sus muchos escritos. Era seguro que esta idea caería en oídos bien dispuestos en la tradicional adversaria de España en Europa, Inglaterra, donde esta exagerada versión de la historia del imperio español podría parecer cierta. Una ampliación de este tema subrayó la absoluta falta de libertad que habían experimentado los americanos bajo el régimen colonial español, y una explicación de las dificultades internas que habían tenido casi todos los países hispanoamericanos para crear instituciones firmes de gobierno republicano durante los años de independencia.

Una Cuestión de Identidad

Como la guerra de independencia entrañó fundamentalmente un conflicto entre los pueblos de América sobre cómo debían gobernarse y a qué autoridad deberían lealtad, comprensiblemente muchos hispanoamerica-



El interés de Bolívar en la educación de su sobrino Fernando lo instó a recomendarle que estudiara en la Universidad de Virginia, fundada por Thomas Jefferson (abajo). En la parte inferior izquierda se muestran los planos para la cúpula de la Rotonda de la Universidad de Virginia, trazados por Jefferson.



Th Jefferson

nos se sintieron confusos al tratar de decidir qué convenía más a sus intereses. Realistas y patriotas por igual prometían buenas cosas. Los pobres y desposeídos, los esclavos y los libertos negros, aunque nacidos en América, habían descubierto que la poca protección de que disfrutaban les había llegado mediante el ejercicio de derechos consagrados en el derecho español y aplicados por magistrados españoles. Para muchos terratenientes y mercaderes de mediano nivel, el movimiento de independencia no careció de desventajas. Aunque la libertad de negociar en forma directa con comerciantes ingleses y de otros países europeos les prometía ventajas y prosperidad, la rebelión amenazaba sus relaciones comerciales estables con la metrópoli y, en caso de fracasar la rebelión, la perspectiva era de severas represalias.

Por ello Bolívar y sus compañeros patriotas tuvieron que encontrar el modo de destacar la diferencia entre americanos y españoles, distinción que no era fácil de establecer. El resultado fue una vigorosa campaña de confiscaciones, represalias y decretos oficiales, como el célebre *Guerra a Muerte*, destinado todo ello a separar a los americanos de los españoles.

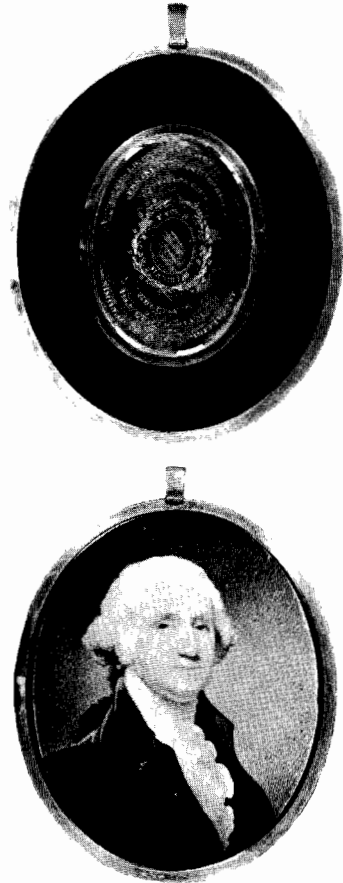
“Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor a la patria, y en consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. . . y vosotros, Americanos, que el error o la seducción ha extraviado de la senda de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan sinceramente. . . Tendréis una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida, y propiedades: el solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia (Bolívar, *Decreto de Guerra a Muerte*, 15 de junio de 1813)

Una de las consecuencias de esta campaña fue que el mejor medio de conseguir la identificación de *americano*, una abstracción, fue crear una identificación a un nivel inferior, como venezolano, argentino o colombiano. Lo que los héroes de la independencia lograron con esta campaña—y ciertamente lograron algo—contribuyó a debilitar una identidad hispanoamericana que habría podido formar la base de una confederación después del cese de las hostilidades.

Cuando fue claro que se conquistaría la independencia, Bolívar, a diferencia de casi todos sus contemporáneos, inmediatamente tomó medidas para tratar de reparar el daño causado a la unidad hispanoamericana. Convocó el hoy célebre Congreso de Panamá, proyectado para reconsolidar la América española por medio de una reunión de representantes de cada una de las recién inventadas unidades políticas de Hispanoamérica.

“Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener un sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el

El Marqués de La Fayette, general francés que ayudó a los colonos norteamericanos en su lucha por independizarse de Inglaterra, recibió varios presentes del nieto de George Washington, George Washington Park Custis, para entregarlos a Bolívar. El relicario que aparece abajo fue uno de los recuerdos de la familia Washington para el Libertador sudamericano.



escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos. . . El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal” (Bolívar, *Cartas*, 7 de diciembre de 1824)

Al principio, Bolívar tenía grandes esperanzas en esta reunión, pero cuando empezaron los aplazamientos y objeciones, tales esperanzas disminuyeron, como puede verse en la geografía cada vez más reducida que él pensó que lograría consolidarse en el Congreso de Panamá.

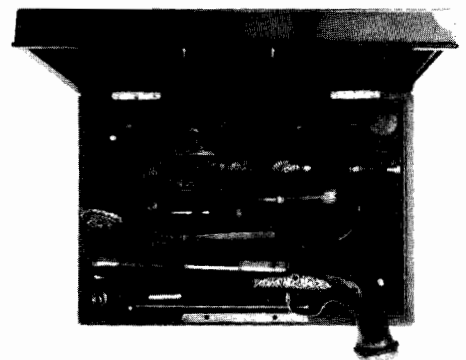
La reducción última, que Bolívar combatió casi hasta el fin, fue la creación de Colombia: una combinación de Venezuela, Colombia y Ecuador, que los historiadores han llamado la Gran Colombia. Pero ni siquiera la Gran Colombia pudo resistir las fuerzas centrífugas desencadenadas por decenios de guerra civil y reajuste económico, y así Simón Bolívar, deshecho su sueño por la autoafirmación de élites locales, parcialmente creadas por el esfuerzo de independencia que él con tanta habilidad había encabezado, murió camino al exilio.

La Realización del Sueño Bolivariano

Aunque tal vez Bolívar sintiera que su sueño yacía deshecho a sus pies, que sus esfuerzos por edificar para sus hermanos americanos una confederación unida y poderosa habían sido vanos, el objetivo de la unidad americana ha seguido siendo parte perenne de las aspiraciones del continente, desde la insatisfactoria resolución del Congreso de Panamá. Impulsado por su obsesión de consumir la reconstrucción de América en los pocos años que veía que le quedaban, Bolívar no apreció la importancia del tiempo. No se apegaba a la realidad esperar que al concluir un decenio o más de controversia, guerra y sacrificio en pos de la independencia, aquellas repúblicas americanas independientes se aplicaran al punto a la tarea de subordinar aquella independencia, tan arduamente conquistada, a los dictados de una incierta visión continental de América.

Pero gradualmente, durante los años transcurridos desde el momento espectacular de gloria de Bolívar en América, las repúblicas de América del Norte y del Sur han creado una vasta gama de organizaciones, nexos e instituciones destinadas a alcanzar uno u otro de los beneficios de una América unida. La mayor y más general de estas estructuras es, desde luego, la Organización de los Estados Americanos (OEA), descendiente directa del bolivariano Congreso de Panamá. La experiencia de la OEA durante sus muchos años de existencia ha mostrado que Bolívar tenía razón en su idea de que América debía presentar un frente unido a quienes pudieran amenazar su independencia y prosperidad, y que el concepto bolivariano de un hemisferio unido exigiría inmensos esfuerzos para re-

**Regalo personal de La Fayette a Bolívar:
un juego de pistolas para duelo.**



conciliar los deseos y necesidades antagónicas de las muchas regiones de América, en aras de un concepto superior de organización.

Uno de los símbolos de la visionaria percepción de Simón Bolívar es el hecho de que todos hemos seguido estrechamente los modelos que él esbozó para América en sus muchos escritos. Por ejemplo, Bolívar vio claramente que la América española tendría que crear una estrategia y política propias para tratar con los países poderosos del Viejo Mundo, los cuales, según creyó, sólo ayudarían a hacer próspera y segura a América si los países del Nuevo Mundo lograban unirse y encontrar aliadas entre las naciones comerciales más poderosas. Aunque él esperaba que Gran Bretaña fuera la principal colaboradora a la seguridad y prosperidad hispanoamericana, el futuro ha visto a los Estados Unidos desempeñar esta función bolivariana.

Mientras que el sueño de Bolívar de una América unida extrajo mucho de su ímpetu de la preocupación de que las guerras y conflictos de Europa envolvieran a la América española, nuestra estructura contemporánea de alianzas y acuerdos, mercados comunes y áreas de libre comercio debe mucho de su fuerza a intereses ligeramente distintos. Pese a que el plan de unir América mediante el Congreso de Panamá en 1826 no prosperó, y aunque durante casi todo el siglo XIX las organizaciones cooperativas de esta índole no parecieron muy apremiantes a la América española, las presiones de dos guerras mundiales y el viraje de la prosperidad económica (del comercio a la industria y la producción) hicieron comprender mejor a este hemisferio los beneficios de la cooperación. Por consiguiente, en el marco del desarrollo de las Naciones Unidas surgió la Organización de los Estados Americanos, organismo que aún sigue en busca de estructuras de colaboración efectivas, pero que, no obstante, es el verdadero monumento al sueño bolivariano.

Aun cuando Simón Bolívar nada supo de las teorías modernas de desarrollo económico y político, su análisis de las necesidades de América, de sus fuerzas y flaquezas estructurales sigue siendo hoy un diagnóstico válido. Mientras nuestra generación lucha con los múltiples desafíos del desarrollo humano y económico, mientras nos impacientan las dificultades de las posibles soluciones, haremos bien en releer las cartas de Bolívar. Es un epistolario que no sólo muestra su firme comprensión de la importancia de la unidad para atacar los problemas de la América española y lograr la prosperidad económica que claramente ofrecen la geografía y los recursos de la región, sino también reconoce las poderosas fuerzas centrífugas que continuamente han dividido a la comunidad hispanoamericana en pequeñas partes constituyentes. La estructura organizativa que Bolívar esperaba ver surgir del Congreso de Panamá tenía como uno de sus objetivos principales la creación de una fuerza opuesta que uniera a estas repúblicas cuyo lenguaje, cultura y tradición exigían un enfoque unificado a sus problemas comunes de estabilidad, igualdad y desarrollo económico y humano.

CREDITOS:

COMPILADORES: HOWARD CINCOTTA,
ADRIENNE PRICE
DIRECTOR DE FOTOGRAFIA: GEORGE MILLER
ASISTENTE EDITORIAL: MARY O'BOYLE FRANKO
DIRECTOR ARTISTICO: RAY KOMAI

FOTOS: PORTADA, GEORGE P. MILLER.
3, CORTESIA DE FELIX DE WELDON. 5-6,
U.S. LIBRARY OF CONGRESS. 7,
BOSTON MUSEUM OF FINE ARTS (IZQ.);
PENNSYLVANIA ACADEMY OF FINE ARTS
(DER.). 10, ALDERMAN LIBRARY,
UNIVERSITY OF VIRGINIA.
11, LIBRARY OF CONGRESS. 12,
CORTESIA DE LA EMBAJADA DE
VENEZUELA. 13, CLAY BEDFORD
COLLECTION. 15, U.S. POSTAL SERVICE.
CONTRAPORTADA, MICHAEL EVANS,
CORTESIA DE THE WHITE HOUSE.

UNITED STATES INFORMATION AGENCY

Dentro de este marco, la presente celebración del bicentenario del natalicio de Simón Bolívar nos ofrece una oportunidad excepcional para reexaminar las fuerzas de la unidad americana y recobrar la vitalidad del sueño bolivariano de un continente americano coordinado y poderoso. Desde luego, los tiempos han cambiado, y nuestra experiencia de cooperación, en el mundo latinoamericano y en todo el hemisferio, nos ha enseñado a ser cautos, a nunca prometer más de lo que podamos cumplir, y a tener la esperanza de que, de buenas organizaciones en cooperativa, surja la gran cooperación continental que dé cumplimiento al espíritu del sueño bolivariano de una América unida.



Izquierda, en 1976, los Estados Unidos emitieron un sello postal en honor de Bolívar como "Paladín de la Libertad".

Contraportada: Durante su viaje de 1982 a la América del Sur, el Presidente Ronald Reagan rindió tributo a Simón Bolívar, depositando una ofrenda floral ante la estatua del Gran Libertador.

